Tomo XVI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 4

San José, Costa Rica **1928** Sábado 28 de Enero

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

Dos discursos	*Américo Lugo*
Galgos negros	*Max Jiménez*
Caricatura	*Solano*
El estado centrífugo	*B. Sanín Cano*
Pierre Moravia Morpeau	*Mario Santa Cruz*
Página lírica	*Ezequiel Martínez Estrada*
H. G. Wells en la intimidad	*Arthur Lamsley*
El hombre de ciencia y el hombre locuaz	*H. G. Gells*
La leyenda de Yolozóchitl	*María Enriqueta*
Correspondencia	*Ernesto Martín, Carlos León, Magda Portal, Carmen Lyra y Haya Delatorre*
El único tesoro	*K. M.*

Una opinión que honra a la República Dominicana

=De *Patria*. Santo Domingo.=

Gracias, mi querido y admirado Lugo, por el envío de su gran diario. Desde 1910 se han abatido sobre nuestra América todos los aluviones del dolor y del oprobio. Pero en Patria *resuena, con el mismo acento, la voz del valiente delegado de Santo Domingo que llevó hasta un Congreso Panamericano la primera—y única—protesta oficial de las naciones del Sur.*

Manuel Ugarte

Niza, 23 Sept. 1927.

Por ser una opinión que honra a la República Dominicana, porque en ella se reconoce que ésta es la primera y la única, hasta ahora, en la protesta oficial, *publicamos las líneas que anteceden y en las cuales se hace referencia a dos discursos pronunciados ante el IV Congreso Panamericano, celebrado en Buenos Aires en 1910, por el delegado dominicano Dr. Américo Lugo. He aquí los discursos en cuestión y algunos comentarios de la prensa bonaerense.*

Primer discurso.—En la primera sesión de este Congreso, al discutirse la modificación del artículo 6.º del reglamento, un honorable colega propuso que la comisión relativa a bienestar general fuese compuesta de un miembro por cada delegación a causa de la importancia que dicha sección entrañaba.

Fijóse con tal motivo en este punto mi atención, algo distraída ante un programa sin ideal como el que sirve de pauta a nuestras tareas, y buscando la expresión que en los labios del señor delegado paraguayo había vibrado en mi alma, halléla, nó en el seno mismo del programa, sino en el reglamento que lo rige y completa.

Mas al leer la frase, una duda asaltó mi ánimo. Esas palabras ambiguas pueden decirlo todo o pueden no decir nada. ¿Qué se quiere expresar con los términos bienestar general? ¿Se trata simplemente de la comodidad y provecho de las delegaciones? ¿O debe entenderse en el sentido de la consecución de cuanto propenda a la dicha de los pueblos?

En apoyo de la primera interpretación podría argüirse con el lugar que la frase ocupa, figurando como figura en el reglamento y nó en el programa, y siguiendo como sigue inmediatamente después de la sección de publicaciones, la cual sólo tiene por objeto la realización de actos materiales.

Mas tal interpretación de la frase bienestar general me pareció que implicaría la condenación del espíritu que presidiera a la redacción del programa, y quise ver cómo la habían entendido los hombres que figuraron en las conferencias anteriores. Y aunque parece que nada de efectivo realizó la comisión a que estuvo encomendada la sección de bienestar general, de las actas de 1906 pude extraer estas palabras pronunciadas por el grande y llorado Nabuco en sus calidad de presidente: «He abierto tres excepciones al sistema de no colocar las delegaciones unipersonales sino en las comisiones en que fuera obligatoria la presencia de un delegado de cada país. La primera es relativa a la comisión de bienestar general, a la que atañen todas las ideas de carácter, por decir así, unánime suscitadas en beneficio de nuestro hemisferio».

Conforme, pues, a este criterio debería interpretarse la expresión *bienestar general* en un sentido ideal, correspondiendo en consecuencia a los miembros de la comisión 14.º la tarea de estudiar los medios conducentes a la felicidad de los pueblos americanos.

Esta tarea, tan grata cuanto delicada, animaría el frio espíritu de estas reuniones e iluminaría con una luz radiante, ante los ojos de la América entera, el recinto en que nos hallamos congregados.

¡Qué campo tan vasto y tan fecundo! El bienestar general del nuevo continente exigiría la declaración del respeto absoluto a la independencia de cada una de las naciones de América. Este respeto conllevaría, como soluciones previas, el sometimiento obligatorio e inmediato de todas las cuestiones de límites al principio americano de arbitraje; la consagración del principio de no intervención en los asuntos interiores de ningún estado americano así de parte de los estados europeos como de parte de ningún otro estado americano; y la expresión de un voto perpetuo para que una pacífica evolución política en América devuelva algún día a su propia raza y natural destino aquellos países que han sido anexados por el pretendido derecho de la guerra.

El bienestar general, así entendido, nos llevaría como de la mano al cultivo asiduo de los elementos étnicos originarios que constituyen el espíritu peculiar de cada una de las naciones americanas, para lo cual bastaría guiarse por la naturaleza y la historia que han dividido el nuevo mundo, uno, por otra parte, no sólo en la identidad fundamental humana, sino por el superior sentido del ideal pan-americano invocado en estos congresos, nó en veintiún pueblos, sino en tres y sólo en tres únicos pueblos: el grande y próspero pueblo anglo-americano, y los no menos grandes aunque menos prósperos pueblos hispano-americanos y luso-americano; porque ese culto asiduo es esencial al bienestar del nuevo mundo para conservar la fuerza y el vigor orgánico que subordinan y nacionalizan las corrientes migratorias que acrecientan y robustecen el organismo nacional.

El bienestar general necesitaría transformar en deber de legación el derecho de legación entre todas las naciones americanas, con la obligación de propender no sólo a un comercio intelectual científico,

artístico y literario sino a la propagación eficaz, en América y en el mundo, del espíritu de América.

Tales, entre otros, serían, señores, los objetivos luminosos de la comisión 14.º del presente congreso, de interpretarse la expresión *bienestar general* en un sentido ideal. Propongo, pues, que antes de pasar adelante en nuestro trabajo, se defina el carácter de la comisión de bienestar general y se precise el alcance de su título.

Siempre es conveniente definir y a veces, definir es salvar. Si entra en nuestro programa sin necesidad de alteración o iniciativa particular, cuanto interesa verdadera y profundamente a la América; si está en la mente de los que nos han precedido aplicar, sin violencia, un remedio a los graves males que nos afligen; si preocupados estos congresos nó ya sólo con la obtención de recíprocas ventajas materiales sino también con un alto y desinteresado afán de bienestar moral, buscan la solución pacífica del problema americano, entonces, señores, nuestra misión acrecerá en utilidad y grandeza.

Por mi parte desearía que así fuera. Sin esa interpretación ideal, el programa de la Cuarta Conferencia es ciertamente estimable, pero no corresponde al pensamiento ni a la aspiración actual del continente. Es necesario tener el valor y la hombría de bien de decirlo, porque la América está sedienta de verdad. Las naciones constituídas, prósperas y ricas buscan mercados; pero las que no lo están y son débiles y pobres, antes que mercados, buscan paz, estabilidad y libertad.

Yo no creo en la riqueza, sino en la verdad. El ideal es más necesario que el pan. Pensar una cosa y disimularla, deshonra a la diplomacia. La sinceridad es el pudor de las naciones.

Comentarios de la prensa argentina.

«Desde el comienzo advirtióse que aquello tomaba un nuevo sesgo y que no se trataba de una iniciativa más de agasajos y cumplidos. Quizá era la primera palabra que se pronunciaba en la vasta y sorda sala con un concepto de interés moral. Alguien que simpatiza con el pensamiento insinuado por el señor Lugo recordó luego, oponiendo a una crítica protocolaria el clásico ejemplo, que el delegado dominicano, hablando en representación de un pueblo modesto y pobre y rompiendo con la tesitura convencional de las sesiones, podía ser allí tan inoportuno y, sin embargo, tan elocuente como lo fuera en el célebre congreso de París de 1857 aquel humilde delegado del reducido reino de Cerdeña que se llamaba el conde de Cavour...

»El señor Lugo habló con franqueza... Puso de relieve la falta de un ideal, de un objetivo superior, en el plan o programa de trabajos de la conferencia. Y como asumió espontáneamente la representación de los pequeños, se llevó de calle los corazones».

(*La Nación*, 21 de Julio, 1910.)

Y en los siguientes términos, Leopoldo Lugones, desde las columnas del mismo diario porteño, aludía a la actitud del delegado dominicano:

«...Pero esto no quita que en esas reuniones se formule el ideal. Así lo hemos visto en la que acaba de terminar, y por cierto con noble altura de elocuencia.

»De la hoya del Caribe lejano, como otrora el palo florido al encuentro de las carabelas descubridoras, vino boyando a la azarosa libertad de las corrientes, un indicio de las Américas futuras».

(Id., 2 de Setiembre).

Segundo discurso—Una razón poderosa fuerza mi natural timidez a pediros la palabra. No voy a hablar de los cargos injustos de cierta prensa que sin comprender el alto espíritu de mi proposición sobre bienestar general ha querido ver en ella un mezquino propósito de hostilidad contra un país determinado cuya delegación, mejor inspirada, ha sido una de las primeras en felicitarme en privado. Más atención merecerían los comentarios a que, en cierto círculo oficial, ha dado lugar el haberme atribuído esa misma prensa iniciativas ajenas; pero abrigo la esperanza de que cada delegación, en el informe que ha de presentar a su gobierno, pondrá las cosas en su punto. Tengo tranquila conciencia de haber cumplido con mi deber sin hostilizar a nadie, de que mi palabra, en el seno de las comisiones, sólo ha tenido acentos de concordia. He rendido homenaje a la competencia técnica o al juicio eminente, dando forma a proposiciones atinadas del señor presidente White, del Sr. Bassett Moore y otros; y he besado cada vez que la he tenido al alcance de mis labios, la mano de Cuba, hermana entre hermanas.

De lo que quiero hablaros es del silencio elocuente y profundo de la comisión de programa, sobre la interpretación que yo pedí. Creía yo que cuando la proposición de un delegado era enviada al seno de una comisión, ésta tenía el deber de darle una respuesta a la Asamblea. Parece que estaba equivocado y que queda a discreción de las comisiones el opinar. La delegación paraguaya, tan altiva como su nación, formuló varias proposiciones interesantísimas en favor del bienestar general, sobre las cuales recayó dictamen de la comisión correspondiente.

Acato, como superior decreto, la conducta de la comisión respecto de lo que propuse: su silencio es voz de la Asamblea y la Asamblea tiene plena soberanía. Pero es lástima que no se prestase atención a mi demanda. Terminamos nuestras tareas sin gran entusiasmo; hemos firmado unas cuantas resoluciones y convenciones forjadas en el molde clásico de los *tratados de amistad, comercio y navegación*, y muchos se preguntan en lo secreto de sus conciencias si ello era todo lo que convenia hacer y lo que se podía haber hecho en bien de la comunidad americana. Nuestra obra, si bien estimable, no tiene aspecto continental, ni contextura de época, ni sello de posteridad. Veinte naciones reunidas no han podido realizar uno solo de los trabajos de Hércules.

En arbitraje, poco hicimos a pesar del insigne Gonzalo Ramírez: detrás de Europa quedamos en materia de propiedad intelectual, y por ninguna parte deja la Cuarta Conferencia Panamericana, una huella realmente victoriosa en el camino del progreso.

Este resultado precario ha dependido de la falta de ideal a que me referí la primera vez que levanté mi voz humilde en este noble recinto. La falta de ideal es causa de predominio de los intereses del momento sobre los intereses permanentes, y la verdadera labor diplomática consiste, precisamente, en procurar el predominio de éstos sobre aquéllos. Respeto los escrúpulos que suscita siempre el abordar cuestiones puramente políticas en el seno de estas asambleas: pero tal respeto no excluía, a mi juicio, el deber de realizar nuestros trabajos con un superior sentido de internacionalismo.

El verdadero fin de estos congresos es constituir entre los países de América una sociedad de naciones, y crear para ésta una legislación internacional común y órganos judiciales y ejecutivos propios y eficaces que acordando leyes internas, suprimiendo aduanas, disipando desconfianzas y engendrando afectos, permitan a la comunidad americana obtener la seguridad nacional, la justicia uniforme, la paz indispensable, una salud pública permanente, el abaratamiento de productos, una buena experimentación científica y una gran difusión de la enseñanza.

Y ello sería para estas conferencias objetivo tanto más natural y plausible, cuanto que la comunidad política internacional de los pueblos de América está indicada por su comunidad étnica y geográfica. Resalta la conveniencia de estudiar en estas reuniones la posibilidad de tal asociación; lo que no acierto a ver es que semejante

(Pasa a la página 52).

Galgos negros

Sobre el césped verde que el sol dora, dos galgos negros dibujan el ritmo de su juego.

Una chiquilla con su gorra roja, hace contraste, y su sonrisa es luz.

Los galgos continúan persiguiéndose en negro.

El espíritu se enciende, sin darse cuenta que es por el atardecer... y sobre el césped verde que el sol dora, creo: la vida es de rosa y azul.

Generosa huida de sol, que desde el oriente se deshoja, allá tras la cordillera...

MAX. JIMÉNEZ

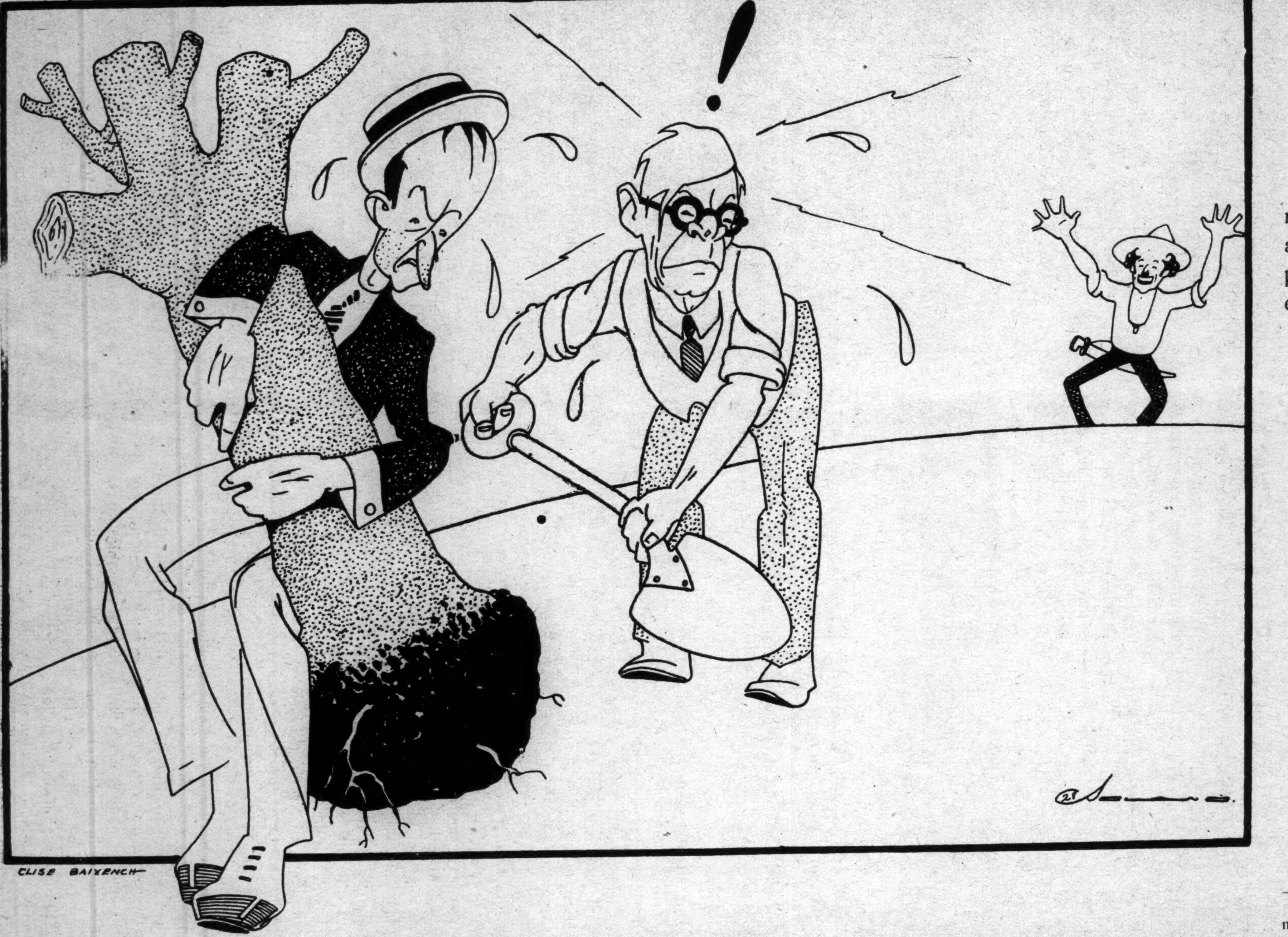
San José, Costa Rica
1928.

Inauguración de la VI Conferencia Pan-americana

(*Por* Solano)

«El día de la inauguración las delegaciones plantaron en la Habana el Arbol de la Fraternidad».

(Cable del Diario de Costa Rica).



El patillo ([1]): — Oiga, General Machado: no se friegue abriendo el hoyo; dígale que por qué no lo siembra mejor en Nicaragua...

1 Con esta palabra se designa familiarmente a los campesinos costarricenses.

Una opinión que honra a la República Dominicana

(Viene de la página 50).

estudio pueda entrañar, como algunos suponen, peligros de ningún género.

Esa asociación internacional científica presupondría una confederación previa entre los estados latino-americanos, ya total, ya subdividida en dos grupos: el de los estados de la América Central: México, Centro América y las Antillas, y el de los estados sud-americanos. Ambas confederaciones, junto con la norte-americana, constituirían la gran sociedad internacional de América.

Así ésta se apartaría de la fatal pendiente a que la arrastra el mal ejemplo de los estados europeos; y salvo las fuerzas de mar y tierra indispensables a su seguridad, emplearía sus recursos en sostener no la paz armada, sino la paz cristiana. De otro modo estas reuniones lustrales, por cordiales que parezcan, no impedirán que el seno juvenil de América se agite y se agoste en la lucha por la hegemonía entre los pueblos de origen latino y en la disputa de predominio entre Norte y Sud-América.

Del estudio reposado de la posibilidad de tal asociación habría surgido el ideal de que hablé. La sola aspiración a ese ideal habría fecundizado los ideales parciales de carácter económico que entrañaba el programa que acabamos de realizar, y entonces se habría visto claro como la proyectada reunión de jurisconsultos en Río de Janeiro, por ejemplo, no es sino una vaga expresión del anhelo hacia una legislación internacional común pública y privada; cómo el principio de arbitraje que acabamos de consagrar una vez más no es sino la satisfacción engañosa, mediante un mero paliativo, de la necesidad que sentimos los americanos todos de organizar la justicia internacional uniforme y una fuerza policial que la sancione por igual. Regadas por el caudal purísimo del ideal, estas pequeñas plantas de invernadero diplomático que acaso no florecerán, habrían surgido espléndidamente del seno de la tierra generosa como encinas poderosas y eternas.

Al separarnos quedaremos casi tan desunidos como antes, cuando habríamos podido estrecharnos en un abrazo indisoluble. Vuelven a cobijarnos los nativos y distantes pabellones que se envían melancólicos besos desde sus mástiles aislados. ¡Inútil orgullo solariego! Mejor fuera recoger todos esos pedazos de banderas y coserlos para formar una sola bandera omnipotente. Así no habría temor que pudiesen nunca parecer girones. ¡Quiera Dios que a ello tienda el programa de la próxima conferencia pan-americana!

Séale permitido a la República Dominicana formular un voto porque se realice en breve una científica asociación política internacional entre los pueblos de América.

Comentarios de la Prensa Argentina.

Esta fue unánime en el elogio: pero sólo transcribimos una opinión.

El Diario Español, *N.° 13180, del 28 de Agosto de 1910, al cerrarse el Congreso decía:*

Ultima Sesión Plena... Inmediatamente hizo uso de la palabra el Dr. Américo Lugo, representante de la República Dominicana, quien con llaneza digna de todo aplauso y dejando a un lado las severidades del protocolo, pronunció un discurso digno de toda consideración por la trascendencia de sus palabras.

»Censuró la parcialidad con que se ha procedido en toda esa larga gestación de la idea pan-americana, subordinándolo todo al capricho de los más fuertes, como si temieran represalias. Criticó acerbamente el hecho de haberse rechazado la propuesta de la delegación paraguaya sobre bienestar, y pronunció estas palabras, merecedores de tomarse en cuenta: «Al separarnos quedamos, no ya unidos por nuevos vínculos, sino tan separados como antes».

»Dijo el doctor Lugo que esas conferencias no tenían ningún resultado práctico sino el de servir los intereses de un cierto número de naciones, y atacó de lleno el expansionismo yanqui. Su discurso fue recibido con frialdad, justo es decirlo; pero también hay que decir que por debajo de esa frialdad latía el entusiasmo que provocan las grandes verdades. Algunos delegados aplaudieron. Otros censuraban esa actitud «hiriente» y se manifestaban en contra suya: pero, en el fondo, la verdad se imponía.

»Aplaudimos la energía y la decisión del doctor Américo Lugo, de quien ya por diversas veces hemos tenido el placer de ocuparnos celebrando su actitud franca, leal e independiente en este Congreso, *sobre el cual ha pesado la mano de hierro de una voluntad superior*, ajena a nuestra raza.

»Nos ocuparemos de este asunto con mayor detenimiento y más amplio espacio, limitándonos por hoy a consignar el hecho revelador de un temperamento enérgico y de una voluntad decidida».

El Estado centrífugo

=De *El Tiempo*. Bogotá.=

Está situado geográficamente en el ángulo noroeste de la América meridional. Es casi una isla. Tiene vastos litorales en el Atlántico y el Pacífico y riberas en el Zulia, el Orinoco, el Amazonas y el Golfo de Maracaibo. Se llama Colombia. Es carácter distintivo de sus habitantes la tendencia, visible en numerosas manifestaciones de la actividad individual y colectiva, a abandonar el país, sea con el mero objeto de conocer otras comarcas y por un tiempo vivir bajo diferentes constelaciones, sea con el ánimo de cambiar para siempre de residencia. No se sabe si tiene orígenes raciales este rasgo de carácter nacional. Acaso lo hayan heredado las tres razas y sus mezclas de que se compone este grupo geográfico. Fué sin duda un aventurero el español que puso aquí su planta con ánimo de señor y dueño. Eran un tanto nómades las tribus incultas de algunas regiones, donde las grandes sequías o las inundaciones determinaban éxodos involuntarios. Por último, el negro traído por fuerza a estas comarcas y obligado a ocuparse en faenas de las cuales no derivaba provecho alguno, suspiraba continuamente por las florestas embalsamadas del Africa tenebrosa y por el clima seco y ardiente, connatural con su temperamento.

Los tres anhelos obrando hereditariamente hacen de nuestra raza una especie migratoria. Vivimos de paso en nuestro propio hogar. El joven estudiante aspira a distinguirse, porque la distinción puede ser el punto de apoyo para lanzarse con el favor oficial a visitar comarcas desconocidas. El joven ya clasificado y puesto por la vida o por el gobierno en una situación cualquiera la tiene por transitoria y aspira con intensidad y perseverancia a alejarse un día del país, sea con los ahorros que pueda realizar en una existencia de privaciones, sea con el paternal auxilio del mismo gobierno que le ha encasillado. La inteligencia, la honradez, la templanza, la diligencia buscan su recompensa en una desplantación temporal o definitiva. De esta manera el país le paga al extranjero un tributo de sangre mil veces más valioso que los dineros enviados regularmente para cubrir el interés sobre las deudas o para pagar las innumerables cosas necesarias o superfluas, no producidas en la república. Se pueden remplazar los dineros enviados. La generosa actividad del colombiano da para eso y mucho más. Es más difícil reemplazar a esa juventud llena de buenas intenciones, de talento, de lozana imaginación, aprovechables en infinitas formas, aquí donde el valor hombre tiene un mercado eminentemente propicio. Todo joven que sale de Colombia, sea con sus propios recursos, sea con el favor oficial, acaricia en su mente la idea temeraria de quedarse en el extranjero, si logra hallar campo lejos de su patria, para desenvolver sus actividades de un modo fructuoso. El gobierno, lejos de contrarrestar esa emigración desventajosa, parece interesado en deshacerse de esos valores humanos irreemplazables, y escoge con un cuidado prolijo las mejores inteligencias para apartarlas del país. Así va quedando la administración pública en manos de los más indolentes y de los menos ambiciosos. No es sólo la juventud la que emigra oficialmente o por su propia iniciativa: los hombres maduros de firme voluntad, de reconocido talento van saliendo de la República, y, después de gastar en el extranjero lo mejor de su actividad, rinden allí la última jornada o vuelven al país cuando ya no tienen qué ofrecerle, y vienen a actuar como una carga pública. Si

echamos en este momento una mirada sobre los diversos grupos de que se compone nuestra sociedad, veremos que las mentes capaces sirven lánguidas sinecuras con distintos títulos oficiales en países extraños. El partido liberal está privado de sus figuras más salientes. La prensa y la literatura sufren de la ausencia de muy claros exponentes, y los que se quedan alimentan el vivo anhelo de poner de un momento a otro tierra de por medio.

Mirando al pasado la memoria nos enseña que, por una razón u otra, nuestros hombres de mayores aptitudes, de más selecta organización espiritual para el trabajo y el estudio, muchas inteligencias primordiales y gran número de virtudes excelsas han pasado lo más o lo mejor de su vida en el extranjero, o han lanzado allí su último aliento. Lejos de su patria murieron Zea, el arzobispo Mosquera, Rufino J. Cuervo, Torres Caicedo, Santiago Pérez y su hijo, Felipe Zapata, Florentino González, Juan de Dios Uribe, Arrieta, Carlos Arturo Torres, Núñez Uricoechea y cien más que pudieron haber aplicado el tesoro de sus conocimientos, el impulso de su actividad al desarrollo de este país, cuya flaqueza principal en cincuenta años de tanteos y de singular indolencia administrativa ha sido la falta de hombres.

Tal parece como si una fatalidad histórica forzara nuestro organismo nacional a deshacerse en varias formas de sus más eminentes unidades. Una oscura fuerza centrífuga que obra en contradicción con las leyes de Newton despide del centro de atracción con una tenacidad irresistible los cuerpos más pesados en vez de la leve hojarasca. Viven en los senos más profundos del piélago organismos llamados abismales, sometidos a presiones tremendas. La apariencia de su cuerpo es metálica. La fuerza enorme que los oprime interior y exteriormente les da a sus músculos una consistencia adamantina. Sacados a la superficie y expuestos a la ordinaria presión de los organismos atmosféricos, esos peces y mariscos, a pesar de su brillo y consistencia metálica, pierden la cohesión y se disgregan naturalmente. ¿A qué presión extraordinaria ha sido sometida esta grande y opulenta república, que al salir a la superficie empieza a disgregarse como los representantes de la fauna abismal en las condiciones normales de la existencia terrestre?

B. Sanín Cano.

Pierre Moravia Morpeau, patriota haitiano

La observación admirable, que en artículo reciente hace Baldomero Sanín Cano, de que existe una fuerza centrífuga que tiende a expulsar de nuestros países a aquellos individuos más honestos y mejor preparados, la veo cumplirse hoy con desconcertante regularidad matemática, al estrechar la diestra broncínea de Pierre Moravia Morpeau, a quien un úkase del tiranuelo Luis Bornó, Presidente de Haití por obra y gracia de la intervención norteamericana, acaba de arrojar de su patria.

Hombre de educación esmerada, jurista distinguido, literato prominente, el doctor Moravia Morpeau, que ahora ha venido a acogerse a la generosa hospitalidad de México (verdadera patria para todos los perseguidos del Continente) fué en su país ciudadano ejemplar en quien la juventud haitiana tuvo siempre un maestro y un guía experto y desinteresado.

Descendiente de una familia de repúblicos e intelectuales, que desde hace más de un siglo viene dando lustre y prestigio al foro y a la literatura haitianos, Moravia Morpeau durante su permanencia en París, a donde fué a seguir en la Sorbona un curso de Psicología, benefició de la amistad paternal de Jean Richepin, que había sido compañero en andanzas barriolatinescas de su tío, el exquisito poeta Fenimore Fougère. El autor de *La Chanson des Gueux*, recibió al letrado de Haití con la mayor efusión; y gracias a su influencia y al indiscutible talento del antillano, pudo éste ingresar, con todos los honores, en los círculo literarios más exigentes y herméticos de la gentil Lutecia.

Por eso, al regresar al terruño, además del bagaje de conocimientos adquiridos, exhibió con justo orgullo, como trofeos de victoria, las credenciales de algunas de las mejores revistas de Francia: *Les Annales* y *Les Nouvelles Litteraires*, que le escogieron como su autorizado representante en el Nuevo Mundo.

Todo le convidaba al ejercicio apacible de su profesión de abogado, entre el aprecio y la admiración de sus conciudadanos; pero Moravia Morpeau, intelectual a la moderna, juzgó entonces que habiendo adquirido en el extranjero tántos conocimientos, no debía guardárselos egoístamente, sino ponerlos en circulación para beneficio de su pueblo, por medio de un periódico que pudiera llegar a todos los hogares. Para cumplir con ese deber imperativo, fundó *Haiti*, alta tribuna desde la que combatió valerosa y tenazmente la injustificada intervención norteamericana. El éxito de su campaña fué enorme, puesto que logró infundir ánimo a los vacilantes y galvanizar en su actitud de protesta a los verdaderos patriotas, que al fin lograron hacer llegar sus quejas al seno mismo de la Cámara norteamericana.

Pero el Tío Sam, al que poco le importan las reclamaciones que no vayan respaldadas por la fuerza, suscitó contra él las iras bastardas del Presidente Bornó (traidor de la calaña de los Díaz y Chamorros) que, tirano al fin, pasando por sobre todas las disposiciones legales, arrojó fuera de Haití, sin tomarse el trabajo de justificar al menos tamaño atropello, al esforzado Moravia Morpeau.

Aquí, con máscula voz de luchador que no sabe de desalientos, refirióme las peripecias de su destierro en Santo Domingo, donde unos esbirros de Bornó pretendieron asesinarle y fallado el golpe, por la presencia de ánimo de Moravia Morpeau, el siniestro verdugo de Haití, siguiendo los tortuosos atajos de la diplomacia, consiguió que se negara al perseguido la grata hospitalidad dominicana, bajo la inculpación un tanto cómica, de haber incinerado en lugar público un retrato del vende-patria insular.

Delineada ya, a grandes rasgos, la figura del patriota haitianó, quiero ahora que los lectores del *Repertorio* conozcan al literato, al experto manejador de una prosa viva, alerta, cimbreante y cargada de colorido como el paisaje natal. Para ello he traducido, tomándola de *Les Annales* de París, una composición suya dedicada a Puerto-Príncipe, que aquella autorizada revista acaba de presentar como una de las más bellas que se hayan escrito en lengua francesa durante los últimos tiempos:

Desde un alcor que sombrean encinas y mangos, te contemplo, Puerto-Príncipe, adormecida en melancólico crepúsculo.

En las faldas perezosas de las colinas circundantes, la brisa suave agita el penacho siempre verde de tus bosques milenarios.

Nada emerge. Ni monumentos, ni estatuas. Ni el Dessalines erguido en gesto legendario. Ni el Petion, que corona una Libertad de formas gráciles. Ni la galería de bustos de bronce de nuestros Presidentes efímeros.

Ya va a morir exangüe el tórrido sol que te abrumó con sus rayos. La silueta de las montañas lejanas se prolonga indecisa. Tras de la sombra llega el reposo. Es la hora en que el labrador suelta el arado y se encamina a paso lento hacia su rústica morada, en cuya vecindad pacen los bueyes—de ojos eternamente soñadores—la fresca grama de los prados.

Cerraron sus puertas los bazares bulliciosos. En el *Campo de Marte*, mientras la brisa sopla purificante y ligera, y la orquesta desgrana las notas lentas y voluptuosas de un vals, tus hijas, gráciles y esbeltas, exhiben en la penumbra propicia, sus gracias seductoras. Vibra el Angelus. En el aire entibiecido me llega el murmullo sonoro de los bronces. Te cubre un manto oscuro, ciudad mía. Las bombillas eléctricas comienzan a esparcir su tenue claridad. Sendas ampollas rojas alumbran en el *Fuerte Nacional*» y sobre una de las torres de la Basílica. En el *Castillo de Islet*, cintila la luz verde que pusiste allí para guiar a los navegantes. No distingo tus formas, a pesar de tus luces blancas, rojas y verdes. Cruza por la hora crespular un largo escalofrío. Tu cielo negro aparece cribado de claras estrellas.

MARIO SANTA CRUZ

México, D. F.

Página lírica

de Ezequiel Martínez Estrada

= Del tomo *Argentina*. Poesías.—BABEL.—Buenos Aires. 1927 =

Argentina

X

Pueblos que desde el ecuador
y la zona septentrional
venís rebosando vigor
por distintos caminos al
país del oro y del amor;
hombres de contrarias creencias
y proyectos, a quienes trajo
una misma sed de trabajo
desde diversas afluencias:
emigrantes, capitalistas,
agricultores, concertistas,
geómetras y naturalistas,
y aquellos muchos que no tienen
profesión ni especialidad,
que van y vienen, van y vienen,
como el sol y la oscuridad,
aptos para cualquier faena,
aptos para todas las cosas,
que aman la paz aislada y buena
o las fiestas escandalosas,
las promiscuidades ruidosas
o la meditación serena;
hombres de distintos semblantes,
de variadas fisonomías
(psicologías alarmantes
e inexpresables biografías);
excarcelados, indultados,
evadidos y tatuados;
mujeres nocturnas, vampiros,
mujeres pulcras y abnegadas
de sonrisas y de suspiros
dulces, y de manos cruzadas;
todos los de pésima vida,
piaras de suertes funestas
que van por la senda torcida
para entrar por fin en la vida
de gentes modestas y honestas;
hombres de vida corrompida
que junto al anciano de puras
y casi infantiles costumbres
alzan su hogar en las llanuras,
se apartan de las muchedumbres,
cuecen el pan, se amansan, juntan
esperanzas que fructifican
en el hogar nuevo, y se ayuntan,
se aman y se multiplican.

Espíritus emprendedores,
siempre inquietos, siempre vibrantes,
por los que amamos y admiramos
razas de pueblos propulsores,
laboriosos y tolerantes;
hombres de espíritu viajero,
hombres trashumantes, de paso
hacia cualquier parte, al acaso;
hijos o hermanos de Ashavero
que arrojáis las diarias pavesas
del fracaso de las empresas
en las llamas de cada ocaso;
hombres de placer y dolor
en eterno tránsito por
los caminos y por la vida,
sin un designio conductor
ni una ruta preconcebida;
transeúntes de tierra y mar,
argonautas aquí encallados,
encantados y serenados,
fatigados de navegar,
que en cada pueblo, en cada puerto,
vivísteis cariñosos días
y entre oriflamas de alegrías
fuísteis viajeros del desierto;
Ulises de las travesías
a mar abierto y cielo abierto.

Para todos igual saludo
cordial, sin límites ni fin;
para todos prontas las manos
unidas como en el Escudo.
David, Abel, Job y Caín:
hermanos, hermanos, hermanos.

Trilla

Oh! maravilla, oh maravilla
de oro y azul resplandecientes
entre los ruidos estridentes
y los delirios de la trilla.

Aquí está la locomotora
con su grotesca chimenea;
proyecta un brazo de polea
para abrazar a su señora.

Si tiembla toda es porque acaso
hace el amor de esa manera,
a fuerza de émbolo y caldera.
Quieta en su sitio marca el paso.

El foguista broncíneo brilla
mientras la embalsama de paja.
Debe pensar mientras trabaja
que su brazo acaba en la horquilla.

Colaboran en las tareas
humanas, prontos e incesantes,
líricamente los volantes,
prácticamente las poleas.

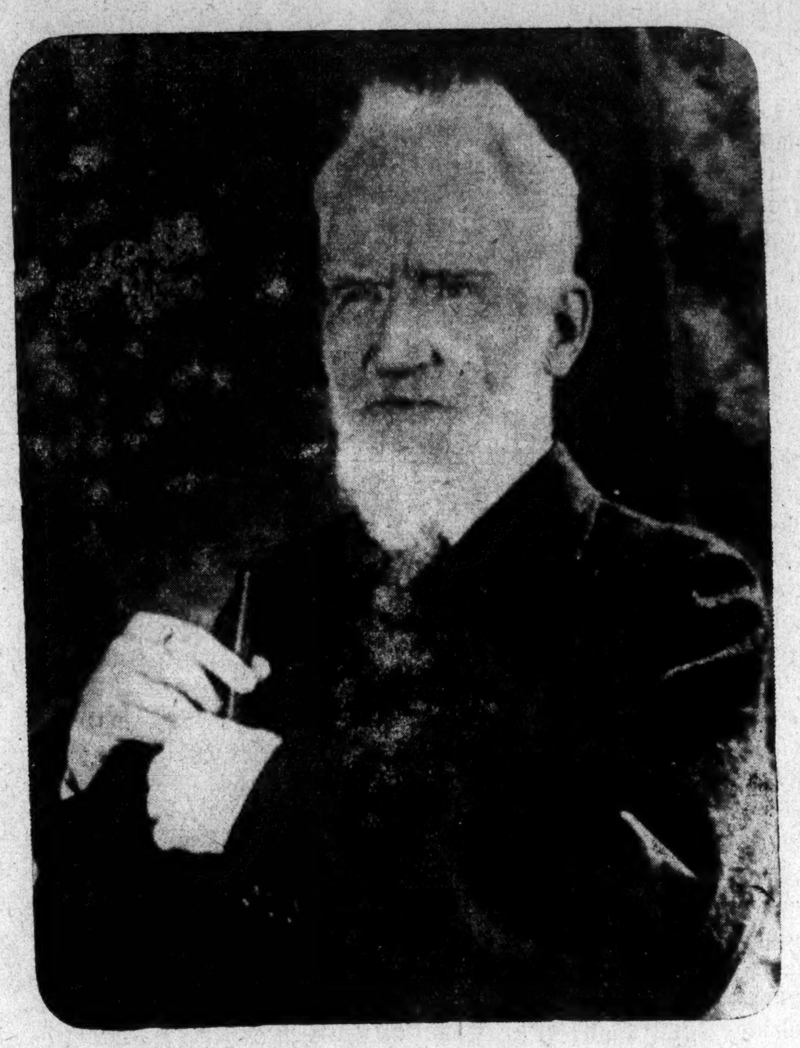
Nunca más los días feroces
de Ruth, las ímprobas fatigas,
la horrible búsqueda de espigas!
¡Paz, matraces, y paz, alfoces!

El hombre de ciencia y el hombre locuaz

¿A quién de ellos pertenece el porvenir?

TENGO ante mí un libro de mucha actualidad. Se titula *Conditioned Reflexes* y está escrito por el profesor Pavloff, de Petrogrado. No es un libro de fácil lectura, pero no es imposible de leer,, y una vez leído, anotado y entendido, el lector encuentra, por lo menos yo lo he encontrado, que se comienza a percibir un concepto claro del modo de funcionar ese enigma que en nosotros llevamos y que continuamente nos está preguntando por otros enigmas; me refiero a la sustancia gris de nuestras circunvoluciones cerebrales. El libro ha sido traducido del ruso por el doctor Anrep, de Cambridge, y ha sido publicado por la Universidad de Oxford, con la ayuda de la Royal Society.

Aparte del interés que ofrece el asunto objeto de la obra, ésta, en sí, es muy alentadora para todos aquellos para quienes las esperanzas respecto al porvenir de la Humanidad están ligadas con el progresivo desarrollo de los conocimientos científicos. El libro del profesor Pavloff da, en efecto, una amplia idea de los resultados de unos veinticinco años de investigación asombrosamente planeada y maravillosamente efectuada. La investigación se ha llevado a cabo en una ciudad que ha cambiado de nombre tres veces: de San Petersburgo, a Petrogrado, y de Petrogrado a Leningrado; ciudad que ha sido en poco tiempo testigo de inundaciones, hambre, guerra y revoluciones; en la que se ha sufrido gran escasez de medicamentos y de aparatos científicos, y en un invierno los rigores del frío fueron tan tremendos por falta de combustible, que la gente salía de sus casas después de medianoche para robar los tacos de madera del entarugado de las calles, a fin de tener con qué mantener encendidas sus estufas. A pesar de todas estas terribles privaciones, la labor científica no se suspendió. Verdad es que parece una gran disminución en el número de publicaciones registradas entre los años de 1917 a 1920; pero esto fué principalmente debido a la interrupción que durante ese período experimentaron los suministros de papel. Pero esa deficiencia de publicaciones científicas fué más que compensada con los informes que vieron la luz pública en los años subsiguientes, cuando volvió a haber papel en abundancia.



Bernard Shaw

Hay algo de admirablemente heroico en esta persistencia en la labor científica en semejantes circunstancias, y también algo de profunda significación en la respetuosa supresión de toda violencia política dentro del recinto del Instituto de Medicina Experimental.

El profesor Pavloff trabajando.—Cuando estuve en Rusia en 1920 tuve ocasión de visitar al profesor Pavloff y ver algo de su labor. Recuerdo que en los rincones de su laboratorio tenía montones de patatas y de nabos que había cosechado en un corralillo adjunto. Me manifestó, como de pasada, que aquello le había servido de ejercicio físico, y esa fué toda la referencia que me hizo acerca de la tremenda tensión política y social reinante en el ambiente que le rodeaba. En seguida pasó a hablar de las cuestiones de importancia más permanente en que ocupaba su actividad, y me mostró en todos sus detalles el interesante departamento donde él y su pequeña cohorte de auxiliares efectuaban sus investigaciones. Vi los perros con que operaban. No parecía que aquellos animales estuviesen violentados en lo más mínimo. Al contrario, se mostraban tranquilos, meneando sus colas en señal de contento cuando el profesor los acariciaba. Dióme después éste cuenta de sus teorías y métodos de investigación, explicándome todo lo que calculó que yo, como profano en la materia, podría apreciar.

Pavloff, con su tez morena, sus ojos pardos, sus modales corteses y su apostura en general, me recordaba los retratos que he visto del difunto lord Kelvin. Mostróse muy interesado en las investigaciones que estaba realizando, e hizo cuanto pudo por hacerme ver con claridad las cuestiones que trataba de resolver, hablando siempre con la mayor naturalidad, sin pretender asombrarme con ideas extraordinarias ni con revelaciones o resultados estupendos. Me pareció, sí, que le agradaba mucho volver a conversar con alguien de fuera de Rusia y a quien poder hacer preguntas. Me habló de los trabajos de otros investigadores, y en particular de Shevington, sin mostrar el menor dejo de rivalidad ni el menor intento de crítica despectiva, refiriéndose a ellos como colaboradores y explotadores colaterales en la gran obra de iluminar algunos de los más oscuros rincones del mundo de la realidad. En ningún momento de la conversación pareció cuidarse de otra cosa que de los problemas científicos que traía entre manos, y menos que nada, en hablar de sí mismo. Cualquiera diría que estaba en otro mundo, libre de todo pensamiento de competencias personales. No hizo elogios de Shevington; limitóse sencillamente a hablar con respeto e interés de sus trabajos. Suscitar la cuestión de quién, a su juicio, iba delante como investigador, si él o Shevington, hubiera sido como dejar caer una gota de tinta o de lodo en una copa llena de límpido licor.

Observaciones inevitables acerca de la vivisección.—Mi juicio respecto a la sencilla grandeza de aquel hombre revivió en mí al leer y enterarme de la pacienzuda y habilísima labor de ordenar, examinar y comparar hechos y observaciones, discutir el valor de los experimentos y obtener conclusiones durante un período que abarca la tercera parte de la vida del profesor Pavloff, y todo lo cual constituye la materia contenida en su libro *Conditioned Reflexes*, traducido por el doctor Anrep.

Y al leer esta obra no pude menos de recordar la explosión que provoqué en otro gran hombre que conozco, un hombre por el cual siento afecto y admiración de intensidad tan grande como por el profesor Pavloff, aunque mi admiración sea de índole muy diferente. Me refiero a Jorge Bernard Shaw. Tuve que acordarme, en efecto, de que el profesor Pavloff es uno de los grandes *vivisectores*, uno de esos *bergantes*, como Bernard Shaw les llama, que tienen la costumbre de cocer

niños vivos y atienden a ver lo que ocurre. ¡Qué cosa tan extraña resulta que un hombre selecto escriba así de otro hombre de mérito! En la ruidosa y disparatada acusación contra la vivisección a que me refiero, Bernard Shaw, para dar a sus lectores una idea de lo que es la vivisección, describe a uno de esos infames operadores tajando las zarpas de un perro, una tras otra, para observar qué hace el perro, y mostrándose muy sorprendido de que al cabo de cuatro operaciones no hay más uñas que cortar. Y así es como se habla de estas cosas a la galería.

Es, pues, interesante mostrar la realidad de la vivisección, tal como se describe en el libro del profesor Pavloff. Por lo general, las operaciones practicadas implican mucho menos sufrimiento para los animales que el recortarles el rabo o las orejas, como hacen con muchos perros quienes se precian de ser amantes de ellos. Además, la mayor parte de los exprimentos hechos y de las observaciones anotadas por los vivisectores requieren como condición preliminar que los animales estén tranquilos y cómodos. La perturbación que supone el más ligero dolor o cualquiera otra circunstancia desagradable o alarmante alteraría o inhibiría por completo las delicadas respuestas del organismo al estímulo cuya acción se trata de apreciar, y cabalmente sobre estas respuestas se asienta la gran masa de conocimientos adquiridos por los investigadores y las conquistas así logradas por la ciencia. Sé muy bien que decir esto herirá los delicados sentimientos del antivivisector y que su peculiar deleite es hablar de imaginadas torturas; pero el libro del profesor Pavloff sirve muy bien para que el lector inteligente forme el juicio debido acerca de estas cosas. El investigador ruso describe incidentalmente cómo un perro salta por sí solo a la mesa operatoria, impaciente por lo que un sensible antivivisectionista no dudará en describir como *tormento*.

Uno de los que Bernard Shaw llama canallas.—Pero al disponerme a escribir este artículo no ha sido mi intención herir tan directamente la delicada sensibilidad del antivivisectionista, probablemente la más incansable y vehemente de todas las criaturas cuando se trata de hablar o de escribir sobre el asunto. Esa cuestión está algo apartada de mi actual propósito. Lo que tengo presente en mi imaginación es el contraste notable que ofrecen estas dos eminentes figuras, ambas excitadoras de mi admiración y ambas muy simpáticas para mí, cada una en su clase. En cierto modo me encuentro entre las dos. En mi humilde escala participo algo de una y otra. No sé lo que Pavloff pensará de Bernard Shaw; probablemente, poco más o menos, lo que opine acerca de la *ciencia* proletaria de Moscóu; pero tenemos bien categóricamente consignado el calificativo de *infame*, de *canalla viviseccionista*, dado por Bernard Shaw a Pavloff.

Me he entretenido algunos minutos con el divertido juego *Un solo cinto salvavidas*. Probablemente el lector conocerá este juego y se habrá distraído alguna vez con él. Consiste en un problema que se puede plantear en esta forma: A se está ahogando a un lado de un muelle, y B, ahogándose también al otro lado; tú, lector estás en el muelle, y no dispones más que de un cinto salvavidas, y no puedes prestar ningún otro auxilio. ¿A cuál de los dos que se están ahogando arrojarás el cinto? ¿A quién salvaría yo, a Pavloff o a Bernard Shaw?

Creo que al lector no le interesará que le dé mi respuesta íntima. Pero al pensar en ello me veo obligado a preguntarme a mí mismo: ¿Quién es Pavloff y cuáles son sus méritos? ¿Quién es Bernard Shaw y cuáles son los suyos? Pavloff es una estrella que ilumina el mundo, alumbrando una región hasta ahora inexplorada. ¿Por qué he de vacilar ni un momento en arrojarle mi cinto salvavidas?

Quién es Bernard Shaw y cuáles son sus méritos.—Para comenzar con los elementos, digámoslo así, consignemos que Bernard Shaw escribe el inglés extraordinariamente bien. Percibo que sólo con esto la comunidad recibe un beneficio. Pavloff, traducido por Anrep, resulta muy pesado y tosco, y dudo si la falta es exclusiva de Anrep. Dudo, en efecto, si Pavloff puede considerarse escritor. Algunas veces trato yo mismo de escribir inglés, y siempre pongo mucho interés en lo que se escribe en inglés y en todo lo que se dice acerca de escribir inglés; de suerte que conozco bastante del asunto para apreciar cuán primorosamente escribe Bernard Shaw. Anda éste entre las gentes tomando sus notas en su librito de apuntes, evitando con maravillosa habilidad el ser observado, y produce después, como fruto de su imaginación y de falsas interpretaciones acerca de la vida, obras para el teatro, tan brillantes, tan animadas y de tanta actualidad, que nada en el mundo puede compararse con ellas. *John Bull's Other Island*, *Androcles and the Lion* y *Saint Joan* flotan sobre la realidad como grandes pompas de agua de jabón, que muestran en su curva superficie variados y brillantísimos matices del iris. Bernard Shaw habla, habla sin cesar, y en su charla se encuentra que la mayor parte es broma de la mejor calidad. Además, ha dado con una apostura, con una prestancia en su porte, que le da un aspecto muy característico; le place adoptar una actitud de absurda imperativa seriedad, y su extraordinaria industria para colocarse ante pintores, fotógrafos y escultores llenará los museos del porvenir con galerías enteras de sus retratos, medallas, estatuas y bustos. To-

Inmunización contra la vejez

Por

C. Picado T.

Inyectando a los hijos periódicamente, a partir de la pubertad, sangre de los padres, o de personas de la edad de éstos, puede prolongarse la juventud

Hace algunos meses habíamos concebido la doctrina con que encabezamos este artículo. Sin que nos ofusque la paternidad, creemos tal su trascendencia que gustosos cambiáramos por ella la totalidad del trabajo de nuestra vida. Es la primera vez que se expone, pero si nos esperásemos en enunciarla, pronto otros la formularán, pues varios trabajos actuales conducidos por sabios europeos, convergen todos a darle cuerpo. El futuro nos dará la razón y apenas tenemos tiempo para hacer que se constate que fué en Costa Rica donde vió la luz primera.

* *

El problema de prolongar la juventud y de disminuir el tiempo en que un alma joven, y vigorosa aún, se atormente encerrada en un cuerpo lacerado por precoz senectud, ha sido abordado en formas varias.

Primero *Metchnikoff,* que nos demuestra que las putrefacciones intestinales envenenan crónicamente nuestro organismo, haciendo envejecer antes de tiempo. Para él la higiene alimenticia y la bacterioterapia intestinal, serían las trabas que debemos poner a la vejez prematura.

Augusto Lumiere, en su admirable teoría coloidal de la vida nos explica cómo la maturación de los coloides terminada por floculación, es la causa de nuestro derrumbamiento hacia la tumba. Toda perturbación coloidal acerca: enfermedad, vejez y muerte.

Voronoff, aplicando experiencias anteriores sobre ingertos de tejidos, logró en animales obtener rejuvenecimiento e hiperjuvenización y en el hombre, un crepúsculo tardío en sus actividades juveniles.

Alexis Carrel, en sus célebres experiencias sobre los cultivos, in vitro, de tejidos animales, notando que para que las células crezcan es necesario agregar jugo de animal joven pero que los humores de los animales viejos impiden todo crecimiento, estudió la composición de unos y otros, constatando especiales diferencias en cuanto a los albuminoideos se refiere.

Meditando sobre estos hechos, hicimos el siguiente raciocinio como síntesis de todos ellos:

(*Pasa a la página 59*).

Meliturgo y crisogonidio
el sol se gasta por el cielo
y el campo hastiado se echa al suelo
para una siesta de fastidio.

Las parvas arden en ilusa
conflagración; se las transporta
en enormes carros que corta
una arbitraria hipotenusa.

La trilladora que está a sueldo
gana el jornal sudando aceite.
Como es judía, con deleite
sólo conserva el grano. El bieldo

a cuatro mandíbulas muerde
ineficazmente la espiga.
Todo se lo echa a la barriga
y por los bolsillos lo pierde.

Loca de risa se ventila
a carcajadas. Quizás sea
porque el motor con la polea
le hace cosquillas en la axila.

En sus trece sigue el volante
sin otro móvil que lo rija
que el de agotar su idea fija
en tautología delirante.

Varios hombres en este cuadro
ponen su lamentable nota
y la imagen de pronto es rota
como un bemol por un becuadro.

Donde la mano toca deja
algo de tristeza y fatiga.
Por ella hasta la libre espiga
se ata en la bolsa por la oreja.

Ruda labor de galeotes,
miradas torvas, gesto huraño,
risa bestial que causa daño,
palabras recias como azotes.

El sol declina. Está la tarde
románticamente rosada.
Hay una parva iluminada
como en un sueño. Arde y no arde

El mate

De ti a mí, mano a mano,
el mate viene y va.

El mate es como un diálogo
con pausas que llenar.
(Darío lo ha llamado
calumet de la paz).
Niño que se ha dormido
cansado de llorar
y aun suspira, la lluvia
cae sobre la ciudad.
El brasero sus brasas
aviva fraternal
y como en la charada
llena todo el hogar.

De ti a mí, mano a mano
el mate viene y va.

Nos quedamos callados
mirando sin mirar
un cuadro, un libro abierto
un reflejo fugaz.
Tenemos una pena
como de soledad;
nos falta un hijo y algo
que no tendremos ya.
El reloj da la hora
de la serenidad
y grano a grano cuenta
arenas en el mar.
La lluvia se diría
que licúa el cristal.
El brasero calienta
el frío del hogar.

De ti a mí, mano a mano
el mate viene y va.

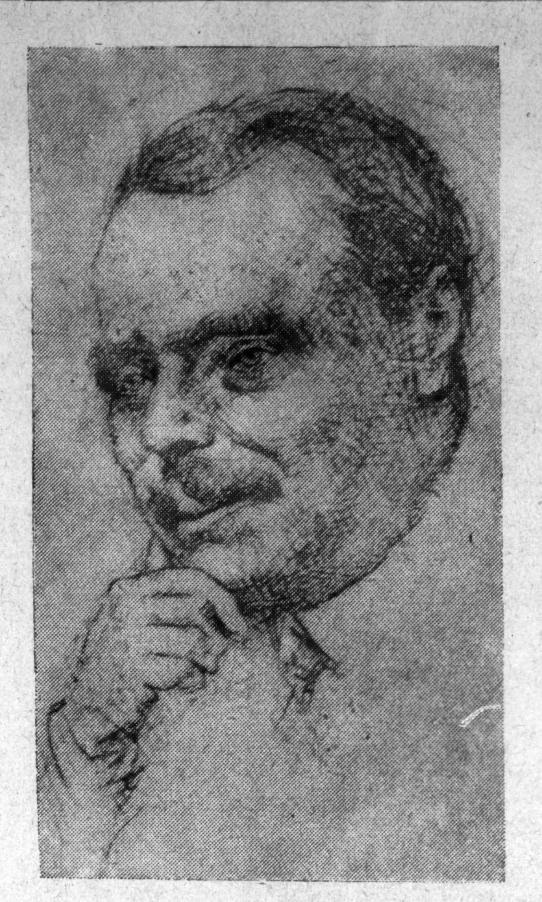
Hace poco perdimos
un amigo ejemplar,
perdimos un hermano
de exquisita bondad.
Se le acabó la vida
antes de comenzar.
Presente en el silencio
sabemos bi[illegible] está.
pero callamos porque
no podemos hablar.
Tú principiaste un cuadro,
yo un libro; y ahí están
sin terminar las manos,
la estrofa sin final.

De ti a mí, mano a mano,
el mate viene y va.

Llevamos siete años
de vida conyugal
y nuestro amor reclina
su frente en la amistad.
De los viejos proyectos
casi no hablamos más;
hay algo que nos dice
de un fracaso brutal.
Nos miramos con pena
durmiendo sin soñar;
nos ha engañado el sueño,
ya no soñamos más.

De ti a mí, mano a mano,
el mate viene y va;
viene a mí fervoroso,
casi frío a ti va.

No hay más luz que las brasas
ni más calor, quizás.
Mi cigarrillo quema
substancia sideral
y como se ve poco
no nos vemos llorar.



H. G. Wells
en la intimidad

=De *El Sol.* Madrid.=

"Allá, en medio del condado de Essex», es la vaga respuesta que generalmente se da al que pregunta dónde está la casa de H. G. Wells. Esto, en cierto modo, es verdad. Solamente los íntimos del gran escritor pueden llegar a Easton Glebe, Dunmow, Essex, sin ser dirigidos. Y cuando se requiere un guía, éste nunca es bastante explícito en decir el mejor procedimiento de llegar a Easton Glebe, como si estuviesen resueltamente celosos de dos cosas: del privilegio y de la santidad del hogar de Wells.

Finalmente, se llega a este lugar, aparentemente inabordable, en el corazón de Essex. Entonces, en lugar de encontrarnos con el ser especial que nuestra imaginación ha concebido—el mayor valor intelectual del mundo de habla inglesa—, somos recibidos amablemente, casi familiarmente, por un tipo de hombre semejante al que nos encontramos a cientos diariamente en cualquier pueblo de Inglaterra. Wells es esencialmente un hombre de la calle; uno de nosotros, intensamente humano; una especie de hermano mayor que practica su natural hospitalidad con tal gracia, que el ser más humilde no sentiría nunca la más ligera inferioridad en su presencia.

Paseando con él por su jardín es imposible acordarse de que estamos con el autor de algunos de los libros más discutidos de la época, porque nos encontramos deliciosamente atraídos por su conversación sobre las cosas corrientes de la vida del jardín, en todos sus aspectos: el color de tal flor, la fantástica forma de otra, son los motivos inmediatos de interés que absorben todo su portentoso poder de concentración.

Al fondo de su jardín holandés hacemos un alto en el paseo y nos sentamos en un banco de madera. Entonces la conversación se deriva, de las flores, a los movimientos sociales del mundo, de lo mental a lo natural, de los parásitos a los políticos, de las guerras a la paz internacional, del individuo a la propiedad, y entonces retornamos nuevamente a conversar sobre lo que nos rodea. Es como un corto, emocionante paseo de placer a través de ciertas fases de la vida moderna, conducidos por uno que vive intensamente cada momento y que cree que la vida humana es la mayor de las aventuras posibles.

Casi bruscamente nos levantamos y nos dirigimos a un gran cobertizo, al otro lado del jardín. "Tiene usted que ver transformado nuestro granero—me dice el gran escritor.—Los chicos lo emplean para jugar bajo techado y para bailar." Es un sitio espacioso, con buen piso, y en el cual se encuentran señales evidentes de que ha sido bien empleado en jugar. En un rincón, al fondo, había un piano. Wells nos lo enseñó, y sus ojos centellearon de placer. Es una reliquia querida, comprada con los ahorros al principio de su carrera periodística.

El escritor me condujo a otra parte del jardín y allí me mostró un pequeño cenador, que había pintado de una manera bastante modernista, excusándose por su "tosco instinto de querer hacer aquello con una brocha de pintar." Comprendí que algunas de las combinaciones de colores y dibujos eran de los que había visto durante su viaje a Rusia. Pero no me habló de Rusia soviética; este es un experimento que todavía no se ha desarrollado lógicamente, y no es justo juzgar un trabajo a medio hacer. En vez de hablarme de esto me llamó la atención sobre el campo de los alrededores, sobre la refinada belleza de la luz solar, sobre un grupo de árboles en la colina lejana, sobre la espiritual neblina gris que se sonrosaba en el Oeste, haciendo mayor el esplendor de la puesta del sol.

Estas escenas, típicamente inglesas, retenían su atención y se manifestaba en sus ojos cierta dulzura, al contemplar, de una dirección a otra, el panorama único que algún día podrá pintar con palabras. Entonces comenzó a hablar con gran cariño de los panoramas ingleses. Cuando las sombras de entre dos luces se extendieron, nos trasladamos a la casa, donde a la media luz yo podía descubrir fácilmente la inspiración de "Mr. Britling". Una atmósfera de hogar envolvía la casa hasta en los más pequeños rincones, donde cualquier extraño se sentiría obligado a descansar un rato. Sean cuales fueren las enormes adquisiciones intelectuales de mi amigo, este cuarto espacioso, con su colorido casero, las sillas tentadoras, las pequeñas montañas de libros descansando repartidos sobre marcos de ventana y mesas pequeñas; sus pocos pero buenos cuadros no eran, desde luego, una fábrica de trabajo intelectual, sino un lugar sencillo, atrayente, sin pretensiones. Un hogar muy parecido a millares de otros repartidos por todos los campos de Inglaterra.

No había nada que denunciase al hombre que demuestra que la vida de la mayoría de los seres humanos es una cosa desperdiciada tontamente; nada que sugiriese que es el hombre cuyos libros, corrientes vivas de pensamiento, denuncian las falsas hipocresías de la vida moderna, demostrando que son las más inútiles aventuras de un vivir anticientífico y no coordinado.

Por ningún sitio se podía descubrir al autor famoso; por todas partes había muestras del hogar de un inglés de clase media. Llegó la hora de la comida —una reunión familiar, no una comida convencional—. Había otros invitados, entre ellos un escritor español y su señora y un dibujante inglés famoso; pero éstos eran como miembros de la familia. Las cosas más sencillas de la vida fueron objeto ds conversaciones amplias. A todo el mundo se preguntaba su opinión, que era aceptada con vivo interés; no había conflictos, ni discusión. Solamente aclaraciones incidentales y orientación a través de caminos de lógica inevitable, por el hermano mayor. Lo más nuevo y atrayente es la idea de la hospitalidad de Wells. El y sus dos hijos servían y quitaban los platos de la mesa. Y lo que era más delicioso aún: cada miembro de la familia había contribuído haciendo algún plato de esta comunal comida. H. G. Wells es un artista haciendo ensaladas; los hijos habían preparado otros platos y Mrs. H. G. Wells es la graciosa señora que posee el don infalible de hacer de cada comida una alegre fiesta.

A la puerta del jardín, míster Wells me dió las buenas noches. Mi aventura, y probablemente la suya, había terminado. Aunque demasiado oscuro para ver, uno sentía, sus ojos aún sonriendo, con esa tolerante, inteligente, comprensiva y cariñosa manera.

(Pasa a la página 64)

dos los demás mortales aparecerán en rarísimo número en comparación con Bernard Shaw. El parecido de sus retratos, figuras, varía con el artista a quien se deben, y es posible que varias series de tales representaciones se atribuyan en el porvenir a diferentes celebridades contemporáneas de Bernard Shaw que no hayan sido tan diligentes como éste en dejar un recuerdo físico de sus personas. Hasta puede que ocurra que algunas de esas efigies se consideren correspondientes a eminentes vivisectores. De suerte que hasta puede acaecer que Bernard Shaw fracase en su propósito de afirmar el predominio de sobresaliente individualidad y llegue a ser para las generaciones venideras el tipo general y corriente de nuestro tiempo.

Pero, en fin, Bernard Shaw es, seguramente, el artista viviente más grande en lo que se refiere a expresión, a la manifestación de sus ideas y de todo lo que a sí mismo se refiere, y esto lo hace de un modo tan excelente, que parecería ofensivo suscitar la cuestión de si no tiene ni ha tenido otro asunto de qué tratar que no sea su persona.

¿Qué representa, qué significa Bernard Shaw?—Pero mientras yo estoy con el cinto salvavidas en la mano y Pavloff chapoteando en el agua, no tengo más remedio que suscitar esa cuestión. ¿Qué ha añadido Bernard Shaw a nuestro arsenal de ideas, al almacén de nuestros conocimientos, a la iluminación del mundo? ¿Ha sido algo más que un confuso comentario, una sombra chinesca destacada aprovechando luz ajena? Ha figurado como socialista prominente; pero ¿qué hay en el ideario socialista, qué aportación, corrección o desvío se se puede señalar a que vaya unido su nombre?

Bernard Shaw ha sido un potente reflector de la denigrante oposición de Samuel Butler al darwinismo. Ha defendido la herencia de los caracteres adquiridos y ha cooperado con Mr. Belloc, tan locuaz y vigoroso expresionista como él, a declarar extinguído, muerto, el darwinismo. Ha hecho libre uso de la frase la *Fuerza de la Vida*, pero no se sabe el significado que atribuye a estas mágicas palabras. Da a la voz *voluntad* los conceptos de varios pensadores alemanes del siglo XIX. Parece sugerir a veces que el hombre es capaz de hacerlo todo simplemente con quererlo; pero nunca pone en claro si esto es posible con un régimen alimenticio cualquiera, o solamente con alimentación vegetariana, y si puede o no puede hacerse sin aparatos. Tiene hacia las mujeres y los niños una aversión que puede ser resultado de su temperamento o tomada de Butler, y parece que anhela que la Humanidad se reproduzca como las aves, por huevos, y que éstos sean parthenogenéticos, es decir, reproductores sin necesidad de fecundación, y de ellos salgan ya los hombres con bigote y barba. Dudo mucho que estos sean los anhelos por parte de la Humanidad. Y en sus asombrosos prefacios, tan excelentes como la más sabrosa charla dublinesca, hace una mezcla tan compleja de sutiles comentarios y de afirmaciones dogmáticas, que, en conjunto, entra en la región de la nada. Es interesante leer sus prefacios y el resto de su abundante literatura de controversia, y advertir cómo inevitablemente duda tratar cuestiones fundamentales para entrar en detalles discutibles. Si en esto no tiene antagonista patente, inventa uno a su capricho. Así es como resuelve de plano todo lo relativo a la vivisección, describiendo monstruos imaginarios de estupidez y crueldad, y del mismo modo se fragua siempre un maniquí adecuado para el tema o punto de vista que quiere atacar. Y no obra así porque sea un polemista de mala fe, sino porque, ante todo, es un dramático incurable, y la pobreza de sus ideas abstractas asegura la excelencia de sus obras teatrales.

Le llaman pensador. Dudo que haya en él perseverancia alguna en el pensamiento. La mayor parte de los hombres inteligentes tienen sus ideas con cierta clase de agrupación o de orden, aunque este orden sea muy deficiente; pero yo no encuentro la menor coherencia en Bernard Shaw. Sus ideas, como el tesoro de una urraca, son un montón de cosas recogidas acá y allá de cualquier modo y apiladas de cualquier manera. Conociendo, como conozco, a mi Bernard Shaw bastante bien, y conociendo el ambiente que le rodea, creo que puedo marcar el rastro de la cercana influencia personal a que ha obedecido en cada una de las tesis que haya sostenido. Tal idea la obtuvo de Samuel Butler, y tal otra, de Webb; este pensamiento deriva de una casual observación de Haden Guest, y aquel otro ha sido imbuído por alguno de los diligentes propagandistas de Mussolini. El peor elemento en su trabajo mental es su extraña disposición a rendirse ante las manifestaciones de una poderosa fuerza de voluntad. Su ánimo se inclina ante toda fuerza triunfante. Exalta al fabricante de grandes cañones en su obra *Man and Superman*, se deleita ante las peores hazañas de la leyenda napoleónica, y ahora se muestra en extraordinaria aptitud de adoración ante el vano y funesto bípedo que está haciendo a Roma insoportable y ridícula ante todo el mundo. Cuando ese dominador procede a torturar hombres inteligentes, a ultrajar mujeres ancianas, a sofocar toda sana crítica y a

Inmunización contra la vejez

(Viene de la página 58)

"La absorción de toxinas produce el desequilibrio coloidal de los humores hasta cambiar su naturaleza albuminoide. Los tejidos jóvenes, ingertados, capaces de secretar sustancias antagónicas, restablecen un equilibrio inestable"

Si consideramos ahora el albuminoideo humoral viejo, con relación al albuminoideo humoral del joven, vemos que no es homólogo. Ahora bien, la inyección a un animal de un albuminoideo heterólogo (que constituye un antígeno) es capaz de despertar en él la aparición de sustancias que destruyen estos albuminoideos. Por tanto, la sangre de un animal viejo, inyectada a un animal joven de igual especie, debe ser considerada como la inyección de un antígeno y puede, desde luego, gracias a inyecciones sucesivas, provocarse la inmunización contra esta calidad de albuminoideos inherentes a la senectud.

La concepción téorica está bien fundada, faltaba la demostración experimental y en eso estábamos, cuando, en el Nº 33 de *Comptes Rendus de la Societe de Biologie* de fecha 2 de diciembre de 1927, encontramos la demostración experimental, aunque, y felizmente para la prioridad de nuestras ideas, las experiencias fueron conducidas en vista de obtener la inmunidad pasiva y no la *inmunidad activa* enunciada por nosotros. El solo título dá una idea del trabajo, este es:

"Determinación o reaparición de los caracteres de masculinidad en capones y gallos viejos, por el suero de animales jóvenes. Activación del suero por inyección preliminar al macho joven, de suero de viejo animal", por *H. Busquet.*

Los mejores resultados los obtuvo haciendo ingerir por vía digestiva a las aves, suero de toro joven que había sido inyectado con suero de buey viejo.

En cambio, en nuestro plan, el tratamiento sería: inyecciones sucesivas, de sangre de gallo viejo a pollos jóvenes pero, lo importante para nosotros es que el suero de buey viejo sirvió efectivamente como antígeno para el toro joven al cual activó las propiedades de su sangre.

* *

Tenemos, pues, a mano, un procedimiento simple de prolongar la juventud y posiblemente al vacunarnos contra la vejez, tal vez realicemos a la vez una vacunación contra las enfermedades propias de los viejos: el cáncer entre otras.

La inmunización debería comenzarse en individuos púberes ya (sería largo enumerar aquí las razones para escoger esa edad). En cuanto a nosotros... como antaño a Moisés, Dios nos permite ver de lejos la Tierra de Promisión, sin sernos dado entrar en ella.

(Laboratorio del Hospital)
San José, Costa Rica. Enero de 1928.

orgía de endiosamiento, más dañino aún que sus crueldades, nuestro terrible antiviviseccionista se convierte en espectador que aplaude con entusiasmo. Así ha sido tan bien recibido en Italia y festejado en las soleadas calles, mientras otros intelectuales menos afortunados han sido sometidos, a la callada, a ignominiosa muerte. ¿Qué le importa a Bernard Shaw que la sombra de la destrucción se cierna cada vez más densa en torno de un hombre tan grande como Ferrero? ¿Qué le importa que el espíritu de toda una nación sea deshonrado y se vea obligado a doblegarse? Para él esto no tiene importancia, porque su juicio es tan frívolo, que no llega a darse cuenta de la amenaza que este triunfo de infame violencia constituye para toda la humanidad. Bernard Shaw es conquistado y subyugado por actitudes y posturas que exceden a la suya y a su modo de pensar en política, del mismo modo que su juicio acerca de la vida y de la medicina le han arrastrado a no mejor fin que a la defensa de una imprudente charlatanería.

Bernard Shaw es vacuo como pocos de sus contemporáneos lo son; pero actúa como un eco, repitiendo con gran sonoridad sonidos ajenos en su propia vacuidad catedralesca. Y el efecto de este eco al exterior es extraordinario y entretenido, no sólo para él mismo, sino para todos nosotros. Asemeja a una película irisada extendida sobre la superficie líquida de la laguna de la vida, mientras que Pavloff es una gran roca asentada en el fondo de la laguna, y sobre la cual se asentarán a su vez otras cosas, de tal modo que al exterior quedará inadvertida; y así que de la obra constructiva de Pavloff puede que para las generaciones venideras apenas quede un nombre, fácil de olvidar. En cambio, Bernard Shaw no habrá contribuído con nada para el servicio del mundo, y, sin embargo, será más difícil que se le olvide.

Podemos saber ahora lo que Pavloff ha descubierto y sabe si leemos lo necesario para enterarnos de lo que ha hecho; pero dentro de cien años sus conocimientos quedarán incorporados al acerbo común, y de él no se dirá nada. En cambio, puede que muchos hombres estudiosos estén aún discutiendo si Bernard Shaw quiso decir esto o lo otro o si no quiso decir nada. A no ser que otro Bernard Shaw, más vacuo aún que el actual, pero todavía más resonante y más descabellado, absorba por completo la atención de sus contemporáneos y oscurezca por completo al de nuestro tiempo.

Pero, vacuo y todo, y algunas veces muy enojoso, creo que Bernard Shaw, al igual de Belloc, está desempeñando un papel muy necesario en el mundo intelectual. Los hombres de ciencia están muy inclinados a olvidar sus obligaciones con respecto a la inteligencia general de la Humanidad. Aunque nadie lo haya hecho notar, Belloc ha sido quien más que nadie ha obligado a los biólogos, en la última reunión de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias, a exponer con más claridad que hasta ahora qué es lo que piensan actualmente acerca de la selección natural, de Darwin y del origen del hombre.

Leer a Shaw es tan deleitoso como pasear en barca en día de sol; en cambio, leer a Pavloff, traducido por Anrep, es trabajo penoso. Mucho me alegraría que los hombres de ciencia se expresaran mejor. Las investigaciones científicas llevan a los que a ellas se dedican a lugares remotos y solitarios, donde utilizan poco la facultad de expresarse. Nuestro interés en la labor científica y en el sólido pensar puede desaparecer por completo si la excitación mental de esos otros hombres locuaces y de fácil expresión no mantuviera viva nuestra atencióm.

Y con estas observaciones, que espero resulten útiles, entrego en manos del lector el cinto salvavidas y renuncio a aceptar responsabilidad alguna en el asunto.

H. G. Wells

(*El Sol.* Madrid).

La leyenda de Yolozóchitl

=De *El Universal.* México D. F.=

Moraba la bella Lelia en aquel huerto escondido que se llamaba *El Jardín de las Azucenas.* Allí había nacido, allí había jugado de pequeña, persiguiendo a los camaleones y a las mariposas, ambicionando en las claras noches de primavera apresar las estrellas con las manos. Allí había cantado, después, las más bellas canciones, mientras sus ojos grises contemplaban la marcha de la luna por los campos del cielo. Allí había peinado sus hermosas trenzas rubias, junto a la fuente cantadora, que reflejaba con orgullo la imagen esbelta y alada de la joven, haciendo recordar, por la pureza de las líneas que copiaba, las ánforas de Sajonia.

En aquel inmenso huerto donde se veía desde la más pequeña pervinca morada, semioculta entre el fino césped, hasta la más hermosa magnolia blanca, que se abría ostentosamente en la altísima copa de un árbol gigante cuyas ramas parecian tocar el cielo; allí en ese huerto escondido y apartado, Lelia pasaba su juventud dichosamente, ya tejiendo guirnaldas de hojas, ya tejiendo versos, ya danzando como una hada en rededor de los gruesos troncos, ya cortando flores, ya regándolas, ya corriendo ligera, como una mariposa, o ya tendida silenciosamente junto al claro manantialito, forjando ensueños, mecida por los blancos rumores del agua, de la brisa y de los pájaros. Esa era la vida de Lelia.

Pero un día—porque siempre tras de la luz viene la sombra a entristecerlo todo—la bella moradora de *El Jardín de las Azucenas,* estando quietamente sentada en el borde de la fuente, sintió de pronto que un dolor agudo le clavaba las garras en el pecho.

Lelia se llevó las manos hacia el corazón, para apretárselo fuertemente, porque le dolía, le dolía hasta querer estallar.

¿Qué era aquello? ¿Qué podía ser semejante desazón? ¿Qué significaba esa punzada horrible que le causaba tanto daño?

Lelia, que aún no se había visto nunca frente a frente con el Dolor, se encontró ese día con él, sin saber cómo debía combatirlo, cuál era la manera de alejarlo, cómo podía vencerlo y aniquilarlo. Ella, que no tenía más compañeros que los pájaros, las mariposas, las abejas, los camaleones, no podía encontrar quién le prestase ayuda en semejante trance. ¿Qué hacer entonces? ¿A quién recurrir? ¿De quién aconsejarse?

Miró en rededor buscando instintivamente algún ser fuerte a quien comunicar su gran sufrimiento; pero el jardín estaba solo. Por primera vez en su vida esta soledad hizo temblar a Lelia. Sus ojos, ensombrecidos repentinamente por la inquietud, y acaso por el miedo, examinaron los rincones del huerto; y como el silencio más profundo lo llenase todo, se dirigió hacia el banco de piedra que recostaba su respaldo en la tapia del fondo, colocó sobre el asiento algunas piedras que halló a su alcance, y después de subir hasta lo último de aquel parapeto, se estiró cuanto pudo sobre él, y asomó la cabeza por lo alto de la pared. Un extenso valle, de horizontes lejanísimos, rodeaba por todos lados *El Jardín de las Azucenas.* Ni un camino, ni una choza a la distancia, ni un hombre, ni un mulo, ni un perro... Soledad, únicamente soledad, y silencio, sólo silencio.

Lelia, bajó del banco angustiada. Nunca, antes de entonces, había deseado comunicarse con el resto del mundo. Vagas noticias le habían llegado de él por un viajero que, en cierta ocasión, detuvo su caballo a la entrada del jardín. Aquel viajero, que sólo pudo tomar un descanso breve, porque llevaba una misión de gran urgencia, le habló muy poco de los hombres, pero más bien se refirió a sus odios, a sus rencores, a sus maldades. Por eso Lelia se alegraba de vivir lejos de todo sér humano; más he ahí que, al llegar la hora del sufrir, su pensamiento ambicionaba para ella un compañero de su especie, una amiga o amigo que la ayudase en esos momentos, que la confortase, que le dijese cuál podía ser el remedio para ese terrible mal que la estaba torturando, cómo podía ponerle fin, cómo recuperaría de nuevo la paz deliciosa en que había vivido siempre.

Mas era preciso renunciar a toda ayuda humana. No le quedaba sino aceptar lo que tenía en rededor: los pájaros, los grillos, las hormigas, las abejas.

Lelia, desesperada, sintiendo

que aquellos dolores partían su corazón, se dejó caer a la sombra de un árbol frondoso, que por la altura de su copa simulaba alejarse del jardín para envolverse con las nubes.

Recostóse Lelia sobre aquel grueso tronco, y se dió a llorar con inmenso desconsuelo. Pero no había derramado aún muchas lágrimas, cuando oyó una voz dulcísima que parecía descender adherida al tronco del árbol, lo mismo que si resbalase por él un hilo de agua...

La joven interrumpió su llanto y escuchó atentamente.

—Lelia, querida, querida Lelia—decía la voz—, ¿por qué ese llanto? ¿Cuál es el triste motivo de tus lágrimas?

La joven, atónita, quedó en suspenso; pero entonces la voz insistió con dulzura:

—¿Por qué esas lágrimas, querida Lelia? Sea yo tu confidente, y explícame al punto la causa de tu llanto.

Lelia, sorprendida, pero segura a la vez, se dijo en silencio:

—No cabe duda alguna: es el árbol quien habla.

Entonces, con emoción inmensa, levantó su rostro hacia el follaje que le daba sombra.

—No comprendo—le dijo—, de dónde sale esa voz. Que ella diga quién habla.

—Hablo yo—dijo el árbol claramente, removiendo sus ramas y haciendolas bajar como para que pudiesen acariciar a la joven—. Hablo yo; habla el árbol a cuya sombra te acojes en este instante. Dime, pues, la causa de tu llanto.

Lelia, martirizada por el sufrimiento, necesitaba en ese instante de hacer partícipes de su dolor hasta a las mismas piedras, alzó su rostro acongojado, y explicó los motivos de su angustia.

—Parece que unas manos me desgarran el corazón...

Al decir esto. Lelia se llevaba sus propias manos hacia el pecho, como si quisiera extraerse con ellas la entraña dolorida que tanto mal estaba causándole.

—Hasta me parece que voy a morir—añadió la joven—. ¡Y luego, como estoy tan sola, como a mi lado no tengo a nadie que me consuele, que me acompañe, que me cure...

—Lelia, querida Lelia—dijo mansamente la voz—. No estás sola en este huerto. Donde quiera que haya un árbol, hay un amigo cariñoso. Vuelve hacia mí tu rostro, y obsérvame: soy el YOLOZÓCHILT. Mira las hermosas flores que adornan mi follaje. Voy a dejar caer a tus pies una de ellas. Tómala con tus bellas manos; llégate a la cocina; y en esa marmita de cobre que en estos momentos bulle sobre el fuego, sumerge la flor, déjala que pierda allí toda su frescura, que se encoja, que se convierta en un guiñapo, y cuando ya esos pétalos estén deshechos y sin color, sácalos de allí, sirve en una copa el agua que dejaron, endúlzala con miel de abejas, y bébela con fe... Esa rica poción te salvará de la muerte. Has la prueba y te convencerás.

El árbol había dejado caer algunas de sus más hermosas flores. Lelia, enternecida, las levantó del suelo, y después de dirigir a tan dadivoso amigo una mirada llena de reconocimiento, corrió hacia el hornillo, hundió las flores en el agua de la marmita que bullía sobre los leños encendidos, esperó impaciente que las flores perdieran su vida, y cuando ya sólo eran un pálido bagazo que subía y bajaba entre los borbotones y el humo del recipiente, vertió en una copa de plata la infusión, mezcló con ella algunas cucharadas de miel, y en seguida bebió, bebió con ansia y con fe la poción caliente, sintiendo al punto que sus dolores minoraban hasta desaparecer del todo.

El árbol no había mentido. El árbol había curado a la joven. Lelia no volvió a sentirse sola en *El Jardín de las Azucenas*. El yolozóchitl era ya su más querido amigo y su más adicto y hábil médico.

Desde entonces este árbol hermoso cura el mal de corazón.

María Enriqueta

Correspondencia

Carta del Dr. León

Calle del Gral. Prim, 31
México, D. F.
Noviembre 30, 1927.

Sr. don J. García Monge.

San José, Costa Rica.

Muy estimado amigo:

El Dr. Carlos León, distinguido desterrado de Venezuela, a quien seguramente conoce Ud. de nombre, y el cual, dicho sea de paso, es un excelente amigo de Costa Rica, recibió del maestro Caso la indicación de su Repertorio, *como el medio mejor de que se conozca en nuestra América la carta abierta que le ha dirigido a Hearst en relación con la reciente campaña de éste contra México. El Dr. León ha puesto en mis manos la copia adjunta de esa carta, para que la haga llegar a manos de Ud. junto con nuestro ruego de que la publique en su revista.*

Si Ud. creyere que podrían ser de algún interés para sus lectores, tendría mucho gusto en enviarle algunas notas sobre hombres y cosas de este país, donde por el momento he plantado mi tienda. Ud. dirá.

Con mis mejores votos, me repito suyo afmo., amigo y servidor,

Ernesto Martín

Hotel Royal, México D. F.
Noviembre 23, 1927.

Mr. William Randolph Hearst.
The New York American.

New York City.

Sir:

When I was in New York in 1906, I happened to see a large street-poster of you and Mr. Murphy in prison clothes. This was a bit of yellow journalism ironically befitting the super yellow journalist. Popular demagoguery, it seems, occasionally strikes deep at the real character of a man. You, undoubtedly, could more properly wear prison stripes than any other garb. For a man who would wilfully and dishonestly set out to destroy the relations of friendship between two sovereign peoples with all the terrible consequences that such action can have, can only be considered as a criminal and a traitor to the true interests of his country. You are doing this by your publication of the fake documents to prove Calles propaganda efforts in Central America. Any one knowing Spanish can determine for himself by internal evidence that those documents are false, and in Mexico their source is common knowledge, and they have long been a drug on the market, having been offered for sale to every gullible Tom, Dick and Harry before your great publication decided to use them for ulterior purposes. Your comments upon these documents and upon Mexico affairs are equally sufficient to brand you as a criminal.

In your comentary you state that I—Dr. Carlos León, am a virulent anti-American. Sir, I am a virulent anti-imperialist, but not an anti-American. I am against usurpers, and I should like to remind you that I am also an American, that America extends from Alaska to Patagonia, and the very fact that you use word American to apply merely to the United States indicates that you have the mind and the spirit of a usurper, be they such men as yourself or be they such men as Juan Vicente Gomez of my own country who keeps a nation in slavery partly through the support of United States-Americans who have put personal greed above every consideration of patriotism and the common interest of the America to which I belong as well as you.

And so I say to you, Mr. William Randolph Hearst have your prison stripes branded upon your miserable shriveled soul, you who have espoused every indecency, every injustice, every evil in the life of your own country for more than a quarter of a century, you who are now bent upon furthering international indecency, even though it lead your country into ignoble aggressions and frustrate every attempt of sovereing peoples to understand each other, you who are unworthily poisoning the minds of your fellow countrymen and breeding future disasters and tragedies between two great races.—I declare to you that your criminal betrayals now and in the past stamp you above all other men in the United States as the most virulent anti-American in all America.

Yours truly

CARLOS LEÓN

Mensaje a las mujeres de América Latina

Por intermedio de Carmen Lyra, en San José - Costa Rica

Compañera:

He sentido un fuerte optimismo por su carta publicada en *Repertorio Americano* de octubre, proponiendo la cooperación de ₡ 1.—para publicar en hojas sueltas, la carta de Haya Delatorre, el Manifiesto de la célula del ***Apra*** en París sobre los acontecimientos últimos en Perú, Bolivia y Cuba, y por último, mi artículo que trata de este mismo asunto, a fin de que se conozca en Centro América, la realidad de nuestros pueblos, hoy sacudidos por idénticos anhelos de mejoramiento económico y social.

Su propuesta me evidencia la participación en la lucha que ya tiene la mujer americana, pese a los prejuicios que la han mantenido tradicionalmente alejada. Por esto, compañera, aprovecho la significación de su llamado, para dirigirme a todas las mujeres de Latino América, invitándolas a que depongan su actitud doméstica o decorativa, y se afilien a nuestro partido, el más fuerte organismo militante contra el imperialismo económico de Estados Unidos, por la unidad de los pueblos de América y por la realización de la Justicia.

Una de las labores de mayor trascendencia para el ***Apra,*** es la de unificar en un Frente Unico, a los intelectuales y obreros de todos los países indolatinos, cuya fuerza será la sola garantía que podamos oponer a la violenta penetración económica del pueblo yanqui, determinada por su gigantesco desarrollo.

La mujer de América Latina tiene un papel importante que cumplir en la presente época. Si por falta de efectiva emancipación intelectual, no es posible pedir a todas ellas que cooperen a la realización de nuestros ideales, yo creo que este deber recae precisamente en las intelectuales. maestras y estudiantes, quienes estan obligadas a reforzar nuestro Frente Unico, en cuyo programa, como consecuencia lógica, va incluida la reivindicación de los derechos de la mujer.

Nuestra participación en la lucha social y antiimperialista que representa el ***Apra,*** no debe obedecer a impulsos sentimentales, sino al firme convencimiento de que luchamos persiguiendo un ideal de justicia colectiva que va a redundar en nuestro propio beneficio, si nó en el presente, para un futuro inmediato.

El imperialismo yanqui es una verdad incontrastable, cuya fuerza colonizante la sentimos hoy todos los pueblos débiles de América Latina. Contra esta fuerza debemos luchar con fuerza, no con sentimentalismo. Y esta fuerza reside en nuestra unión política e ideológica. Los Estados Unidos de Norteamerica no se atreverán jamás a enviar sus barcos de guerra a ningún pueblo débil que se halle respaldado por un pacto de alianza con todos los otros pueblos de América.

Comprendiendo este peligro para su expansión territorial y económica, la plutocracia yanqui ejerce en nuestros países una política divisionista, culpablemente apoyada por gobiernos mercenarios que como Leguía, Adolfo Díaz, Gomez, Machado, Siles, Ibáñez, están a las órdenes de los banqueros yanquis.

Por combatir esta política hemos sido expulsados del Perú desde 1923, Haya Delatorre, Oscar Herrera, Manuel Seoane, Eudocio Rabines, Luis Heysen, Enrique Cornejo Koster, Miguel A. Urquieta, Alberto Delgado, Luis F. Bustamante, Esteban Pavletich, Julio Lecaros, Miguel Arcelles, Francisco Acero, Cesar Zambrano, A. Secada, María Alvarado Rivera, Rómulo Menéses, Serafín Delmar, Magda Portal, Carlos M. Cox, Manuel Vásquez Díaz, todos obreros intelectuales y manuales, y noticiada para abandonar el país, la poetisa uruguaya Blanca Luz Brum. El primero en ser deportado, Haya Delatorre, fundador del Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales, realiza dentro del ***Apra*** la unión y el acercamiento ideológico de nuestros pueblos, acción que ya se traduce en las adhesiones que recibe diariamente nuestro partido y en el optimismo con que se empieza a ver el movimiento social antiimperialista que con tan certera visión histórica ha llevado a la realidad el líder de la nueva generación de Indoamérica.

Haya Delatorre, hoy en México, donde ha sido invitado por la Universidad Nacional para sustentar una serie de conferencias sobre política europea y latinoamericana, nos ha repetido una frase de un prominente político yanqui: ***O ustedes se unen, o perecen*** Y este se debe ser nuestro lema.

El alejamiento de la mujer en la lucha antiimperialista, no puede determinarse sino por un prejuicio de incapacidad, ya bastante eliminado en la lucha por la vida, donde ella se desempeña en las mismas condiciones que su compañero. Rehabilitemos este concepto, uniéndonos al Frente Unico que hoy representa la aspiración común de veinte pueblos de América.

Ayúdenos eficazmente, compañera Carmen Lyra, como lo propone en su carta y sea su adhesión a nuestro Frente la señal de que el ***Apra*** va recibir pronto la cooperación de todas las mujeres libres de América, en quienes se alientan ideales de justicia social y mejoramiento económico de nuestros pueblos, para la realización de los cuales es necesario poner todo nuestro entusiasmo y nuestra fé.

Un saludo aprista de su compañera,

MAGDA PORTAL.

México, D F. 1927.
Apartado 1524

El vuelo de Lindbergh

=Editorial de *The New York Times*=

La decisión del Coronel Lindbergh de recorrer en vuelo las Repúblicas de Centro América y probablemente Panamá, enfatiza de nuevo su propósito dominante. Y no es éste desplegar su pericia y valor mediante posteriores demostraciones; no es impresionar la imaginación pública con la perfección técnica y ejecución del aparato. Su propósito primordial es visitar los países situados al Sur de nosotros, a la manera de un amigo, y no simplemente como un aviador, y va consciente de ser el representante de la esperanza que prevalece en los Estados Unidos de poder vivir en buenas relaciones con nuestros vecinos. Y a este fin debemos entenderlos mejor; tanto como para ayudarlos a comprendernos de mejor manera. En estos momentos nada sería más útil que avivar las simpatías que siempre siguen a los vuelos de Lindbergh a través de las fronteras de mar y tierra.

Si puede desarrollar su plan de rematar el vuelo por la América Latina en la Habana, de modo que pueda estar allá al tiempo en que se abre el Congreso Panamericano, habrá dado el toque final al servicio nacional que lleva a cabo. Ha hecho en realidad de sí mismo no solamente el portador de las aspiraciones de su propio pueblo, sino el poderoso agente del Gobierno de Washington. Su política ha sido cuidadosamente moldeada durante los últimos meses, en tal forma que quite, tanto como sea posible, todo roce y todo motivo de alejamiento o de aprensión de parte de las repúblicas situadas al sur de nuestra frontera. De aquí que deba saludarse con aclamaciones el vigoroso refuerzo que le ha dado en la persecución de sus objetivos el Coronel Lindbergh. Si su buena estrella lo acompaña, volará triunfalmente de capital en capital, despertando por todas partes el entusiasmo y atrayendo graciosas respuestas de amistad a su llamamiento. Todos los detalles de sus hazañas por el aire los darán a conocer por medio del *New York Times*, y en su totalidad, no dejarán de ser ampliamente apreciados como un gran acontecimiento internacional.

(Traducido para *Repertorio Americano*)

Para Magda Portal

He sentido mucha vergüenza al leer su llamado a las mujeres de América, y he sentido vergüenza sobre todo porque usted lo hace por mi medio, pues supone que yo significo una fuerza. Pero cuán pobre fuerza soy, señora, cuando no he podido llevar a buen término aquel proyecto de publicar en hojas

que fueran circuladas en todo el país, el llamamiento del Grupo **Apra** y el Manifiesto de Haya de la Torre, publicados en el *Rep. Am.* Nº *15* del tomo *XV*.

Muy pocas personas respondieron a mi iniciativa.

Ha de saber Ud. que en Costa Rica vivimos muy a gusto, metidos como sardinas en aceite, dentro de una pobre comodidad que nos hemos creado, y este hábito oleaginoso nos hace mirar con absoluta indiferencia la suerte de los otros pueblos de la América indoibérica. (Exceptuemos, sin embargo, cierta actitud del Congreso y una que otra voz aislada, en lo que atañe a Nicaragua).

En realidad, no existe entre nosotros el espíritu obrero que anhela mejorar: los trabajadores viven desunidos, apacibles e ignorantes, en su pobreza sin fermento. No encontrará tampoco el espíritu del estudiante, curioso, inquieto, revolucionario; los muchachos aprenden a hacerse viejos y nada más. Ignoro si los estudiantes de Derecho de todo el mundo se parezcan; lo que sé, es que los de Costa Rica—con rarísimas excepciones — cuando se entusiasman es por algo así como por la condecoración de un niño que se niega a cantar el Himno de Panamá, nación enemiga, según muchos costarricenses, por cuanto los gobiernos de ambos paises no han logrado ponerse de acuerdo en cuestión de límites.

Ya ve, en Nicaragua, nuestra vecina, de la cual apenas nos separa la línea imaginaria de una frontera, los yanquis asesinan a los pocos nativos que defienden su territorio de la rapacidad de Norte América, y nosotros, como si tal cosa. El día que vino Lindbergh a San José, por todas partes se podía ver nuestra bandera agitar graciosamente sus pliegues sumisos bajo las estrellas saxoamericanas, como muy contenta de la servidumbre a que ellas la tienen sujeta

Este hábito de vivir sin inquietudes ni molestias entre nuestro desteñido bienestar, inclinará a los más de los pocos costarricenses que leemos el *Repertorio Americano*, a tener por verdad los decires de Chocano—quien parece vivir en su país como en el mejor de los mundos habitados—en carta publicada en el *Repertorio* del 7 de enero del corriente año, *La verdad sobre el Perú*; y por locuras y fantasías las amargas declaraciones de Mariátegui, las suyas, las de Haya de la Torre, desterrados de su patria y víctimas del gobierno de esa nación a quien parece no convenir la crítica que ellos han hecho de sus actos.

¡Quién sabe, señora, si lograremos ayudarles!

Digo, y hundo de nuevo la cabeza ¡ay de mí!, yo también en la tranquilidad gris que me rodea.

CARMEN LYRA

Enero de 1928.

El único tesoro

Para ti

Tu mundo y mi mundo, un solo mundo que está dentro de nosotros, y es tan vasto, tan fuerte y palpitante!...

Nuestro mundo interno, el que nos hemos creado deliberadamente y acaso también con mucho de inconsciencia, de esa inconsciencia intuitiva propia de nuestros espíritus, tal vez un poco tímidos y también un poco salvajes. Ese mundo que está regido por leyes sabias, las del corazón, rebeldes a toda sin razón, muy humanas aunque con mucho de divino; libres de prejuicios y de mojigaterías hipócritas; con el deseo sincero de domar nuestras pasiones y el de guiar nuestras conciencias por un solo camino luminoso sin importarnos nada de lo que se teja a nuestro alrededor.

Porque, el mundo externo ¿qué puede ser para nosotros que conocemos el lugar que ocupamos en la grandiosidad del universo y que, ante la inmensidad del cosmos, no somos ni siquiera lo que para nosotros significa un átomo.

¿Qué pueden ser ante el concierto maravilloso de la naturaleza, la más grande alegría de un hombre o el más hondo dolor?

Menos que una brizna y que un grano de polvo. Miseria y pequeñez humanas!

Nada es nuestro, nada nos pertenece, ni nuestro propio cuerpo; que es limo palpitante que nos cubre y ha de volver luego a la tierra.

Nada nos pertenece, sólo el alma,—lámpara de vida aún después de la muerte—con todos sus tesoros internos e infinitos; ya que el bien y la felicidad y el dolor, están dentro de nosotros mismos con el ayer y el mañana en un presente intenso y armonioso.

K. M.

Cartago
Enero 1928.

De Haya Delatorre a José María Zeledón

México, Dicbre. 29 de 1927.

Sr. D. José María Zeledón
San José de Costa Rica,
Nuestra América.

Por intermedio de *Repertorio* y bajo el cuidado de nuestro gran conciudadano don Joaquín García Monge, modelo de intelectuales y ejemplo de hombres en el más eminente sentido del vocablo, va para Ud. mi saludo respondiendo a su interesante carta que publica *Repertorio* el 19 de noviembre. Hay en ese mensaje de Ud. mucho del sano sentido de humor. que denuncia a los espíritus fuertes y eso,—a mí, buen admirador de la verdadera psicologia sajona, o mejor inglesa,—me agrada mucho en las gentes de nuestra América, tan de continuo amargadas, crueles en la crítica y negativas en el comentario. Me entusiasma ver que es Ud. un hombre de fe, que sin «comprender con exactitud» mi plan latinoamericanista oye y *cree* en el llamado generoso de Carmen Lyra y brinda ayuda. A eso le llama Ud. *hacer algo* y yo, *hacer mucho*. Porque si cada uno de los noventa millones de latinoamericanos quisiera *hacer algo*, así como Ud., aportando fe y apoyo, estaría hecho todo.

¿Mi plan latinoamericanista? Difícil de exponérselo a Ud. en esta misiva. Sólo puedo prometerle que es un conjunto de sugestiones, lo más realistas posible y lo menos «saturadas de propósitos excesivos». Europa como que alinea los cerebros en los carriles del realismo, sobre todo en política. Las mentes enardecidas por el trópico intoxicante como que se enfrían y condensan; se verifican mejor no en la zona templada de los climas propicios sino, más que eso, en la zona templada de la experiencia acumulada, de la energía aprovechada, del ambiente mental anti-simplista y práctico de pueblos que saben que los problemas sociales y políticos no se resuelven por axiomas.

Aquí en México, invitado por la Universidad Nacional, estoy casi al terminar la exposición de mi plan latinoamericanista en una serie de ocho conferencias que el entusiasmo de miles de oyentes ha hecho inolvidables. Aquí en esta tierra que fué mi primer exilio largo y que es y será mi refugio de afectos, en medio de este pueblo mexicano que no me canso de admirar, estoy tratando de poner más en claro ese plan, contribuyendo en cuanto pueda a la obra del **Apra** cuyo realismo y cuya claridad en los propósitos de acción práctica, están haciendo de ella la gran bandera unificadora latinoamericana y el blanco del recelo y del insulto del imperialismo y de quienes lo sirven de un modo u otro. Pero vamos bien. La nueva generación no se equivoca y viene con nosotros, porque el **Apra** ni es compañía explotadora de la causa latinoamericana ni es agencia de intereses o partidos extranjeros. Nosotros sabemos que la América Latina está sola ante su problema y más cerca que ningún otro pueblo del mundo del coloso imperialista más poderoso de todas las edades y comprendemos que nuestra obra de salvación no nos vendrá de Europa como los recién nacidos para la fantasía de los niños. El **Apra** deviene cada vez más fuertemente un organismo nacionalista latinoamericano, genuinamente nuestro, puesto al servicio de nuestra América y sólo por ella. En el **Apra** caben todos los hombres y todas las creencias. Queremos un Frente Unico, total, auténtico, invencible. No hay otra sememejanza a la que referirse sino el ***Kuomintang*** chino, aunque nosotros hemos de tratar de que sea un cuerpo más organizado, más firme y más vasto. Mi reciente visita a los Estados Unidos, me

ha afirmado aún más en la idea de dar al **Apra** el carácter de una organización política verdaderamente nuestra. Por fortuna, todos los directores de este movimiento estamos acordes en que su único gran objetivo es servir para la unión y la emancipación de nuestros países.

Estas ideas han quedado aquí aceptadas después de una serie de análisis detenidos, en el curso de mis conferencias, a las que, para orgullo de los que creemos en el pueblo mexicano, y a pesar de Lindbergh y de la resonante propaganda panamericanista y por ende imperialista, que ha venido con el ruído de las hélices de su maravilloso motor, el público en grandes masas ha concurrido con tenacidad admirable.

Después de casi cuatro años de ausencia de nuestra América me siento más optimista que nunca y mi confianza en la obra de resurgimiento que vamos a realizar todos juntos bajo las banderas del **Apra** es más firme que nunca.

Permítame que le abrace como un compañero en la gran causa.

HAYA DELATORRE

Apartado 1524.
México D. F.

H. G. Wells

(Viene de la página 56)

Filósofo por naturaleza, sonríe a todo hecho de la vida con que tropieza. Y lo que es aún más: parece gozarlo. Hay algo de corazón, que todo lo abraza, en H. G. Wells; tal vez por eso puede comprender y perdonar los defectos de los individuos y de las naciones, pero no sin administrarles una pequeña dosis de sabiduría agresiva.

Arthur Lamsley

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica